



WITTGENSTEIN: PILAR DE LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

Edgar Fernando Chacón Díaz
Claudio Ramírez Angarita

WITTGENSTEIN: PILAR DE LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

Resumen: el presente texto gira alrededor de un interés en hacer un recorrido por el pensamiento filosófico analítico de Wittgenstein, quien es considerado por muchos como el más importante filósofo de la época contemporánea y modelo a seguir en *La filosofía del lenguaje*. La consideración central que explica su obra no sólo se encuentra dentro del denominado: paradigma del lenguaje en la filosofía, sino que en sumo grado se constituye en el núcleo del movimiento de una versión formalista.

Con estudios como los mencionados anteriormente, se puede llegar a ser, según lo quería Kant y se lee en Hegel, autoconscientes de nuestra condición. Los propósitos de este texto son, entonces, analizar e interpretar de forma concreta e ilustrativa las posturas del autor austriaco.

No está de más en este artículo, la realización de una contextualización acerca de la filosofía del lenguaje, que se divide en la filosofía del lenguaje como *rama* de la filosofía y como *paradigma* filosófico instaurado en el siglo XX. Además, se sintetizan aquí los aspectos más destacados de la conocida Filosofía del lenguaje de Wittgenstein con sus respectivas afirmaciones, propuestas y estudios.

Palabras clave: analítica, paradigma, lenguaje, filosofía, giro lingüístico

WITTGENSTEIN: PILLAR OF PHILOSOPHY OF LANGUAGE

Abstract: This text revolves around an interest in making a tour of the analytic philosophical thought in Wittgenstein, who is considered by many the most important philosopher of modern times, as the role model in the philosophy of language. The central consideration that explains his work not only found in what will be called the paradigm of language in philosophy, but because it is in the highest degree that constitutes the core of the movement of a formal version.

With studies like these are powerful wanted to become like Kant and which can be seen in Hegel, self-conscious of our condition. The purpose of this text is then analyzed and interpreted in a concrete and illustrative positions of Austrian author.

It is worth making a contextualization of the philosophy of language, which is divided into the philosophy of language as a branch of philosophy and philosophy of language as a philosophical paradigm that was introduced in the twentieth century. In addition, we want to summarize the highlights of that which is known as Wittgenstein's philosophy of language his statements, proposals and studies.

Key words: Analytical paradigm, language, philosophy, linguistic turn

Fecha de recepción: enero 25 de 2012
Fecha de aceptación: junio 14 de 2012

Edgar Fernando Chacón Díaz: colombiano. Filósofo Universidad de La Salle de Bogotá, Magister Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás. Docente e instructor del Sena sede Bogotá.

Correo electrónico: f_andromeda@hotmail.com

Claudio Ramírez Angarita: colombiano. Licenciado en Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Pamplona, magister en Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás y actualmente adelanta estudios de doctorado en Filosofía en la misma universidad. Docente de planta Distrito Capital. Docente de la Universidad La Gran Colombia.

Correo electrónico: catatumbocra@hotmail.com

WITTGENSTEIN: PILAR DE LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE*

Ludwig Wittgenstein ha sido uno de los más destacados filósofos contemporáneos. Es considerado uno de los filósofos más importantes en el campo del pensamiento orientado al lenguaje y la matemática. Dentro del pensamiento de este autor, la Filosofía del lenguaje se ha constituido en el ámbito de su investigación de manera central, lo que se explica gracias a que su obra no sólo se encuentra dentro de lo denominado: el paradigma del lenguaje en la filosofía, sino que es en sumo grado la que inicia y constituye el núcleo de este movimiento, tanto en su versión formalista como en la pragmática.

Para realizar *grosso modo* un recorrido con un tema de este calado, naturalmente se necesita un breve espacio introductorio (sobre todo porque la idea es hacerlo de forma explícita para un público con un interés común sin abandonar la rigurosidad mínima); es decir, una necesaria contextualización acerca de la filosofía del lenguaje que se divide en dos subtemas: la filosofía del lenguaje como rama de la filosofía y como paradigma filosófico instaurado en el siglo XX.

1. WITTGENSTEIN Y LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

Hacer un bosquejo sobre este contexto y fijar límites para el desarrollo de este escrito se hacen necesarios para analizar y contextualizar lo que ha de ser considerado como filosofía del lenguaje en términos generales. Se puede decir que hay dos sentidos fundamentales asociados a aquello que es la filosofía del lenguaje: la *rama o disciplina de la filosofía* que, como es obvio, tiene su objeto

* El siguiente trabajo es *in memoriam* de la maestra Dra. Carolina Rodríguez fallecida en 2011, cuya compañía en este mundo aportó grandes elementos a la Maestría de Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás y fue ejemplo académico de sus estudiantes. Doctora en filosofía de la Universidad Javeriana, se desempeñó como docente investigadora de la Universidad Santo Tomás y catedrática de la Universidad de La Salle.

propio: el lenguaje en sus diversas manifestaciones y problemáticas (semánticas, pragmáticas o gramaticales). En esta opción, la filosofía del lenguaje ha sido practicada al menos desde Platón (*Crátilo*, por ejemplo) hasta nuestros días. En un segundo sentido, la filosofía del lenguaje es el *movimiento y paradigma filosófico* que parte a finales del siglo XIX con el trabajo de Friedrich Ludwig Gottlob Frege y reúne distintos enfoques orientados a la continuidad o bien el replanteamiento del trabajo de Frege de investigaciones de filósofos como los británicos Bertrand Russell, Peter Frederick Strawson y Michael Dummett; pensadores del Círculo de Viena, Rudolf Carnap y Moritz Schlick y el vienés Ludwig Wittgenstein) así como, Donald H. Davidson, Gareth Evans, Saul Kripke y Recanati en nuestros días. En el trabajo de este movimiento existe una fuerte tendencia a privilegiar el estudio semántico sobre los demás tipos de investigación lingüística, aunque sin negar los importantes avances y enfoques más pragmáticos de John L. Austin y John R. Searle, y los adelantos hermenéuticos en manos de autores como Martin Heidegger, Hans George Gadamer y el franco-argelino Jacques Derrida. Este segundo tipo de filosofía del lenguaje constituye lo que se ha considerado el *giro lingüístico* (Denominación introducida por Rorty 1990) de la filosofía como tal, que pasa de una perspectiva moderna subjetivista centrada en el estudio del sujeto y la conciencia, a una centrada en el lenguaje y su relación con el mundo. Por lo tanto, en este segundo sentido se habla de la filosofía del lenguaje como el paradigma (en sentido khuniano) contemporáneo, o al menos el paradigma del siglo XX.

2. FILOSOFÍA DEL LENGUAJE COMO RAMA DE LA FILOSOFÍA

En su más eminente caracterización la “filosofía del lenguaje ha sobresalido por su investigación sincrónica” (Fonseca, 2007, p. 13) tendiente a la búsqueda de las estructuras de su objeto —el lenguaje— desde una perspectiva acontextual y ahistórica. Fonseca cree encontrar el ‘germen’ u origen de esta metodología en el pensamiento del autor objeto de la presente reflexión y respaldada esta idea con la cita correspondiente del pasaje del *Tractatus lógico-philosophicus*: “De en qué medida coincidan mis esfuerzos con los de los demás filósofos no quiero juzgar. En efecto, lo que yo aquí he escrito no tiene ninguna pretensión de novedad en particular. Por consiguiente no menciono las fuentes, porque es para mí indiferente que aquello que yo he pensado haya sido pensado por alguien antes que yo” (Cfr., Wittgenstein, 1994).

Queda clara la irrelevancia que Wittgenstein encuentra en el trabajo filosófico de la tradición para resolver los problemas que le atañen. En palabras de Rorty los “filósofos normalmente piensan en su disciplina como una que discute problemas perennes, eternos —problemas que surgen tan pronto uno reflexiona” (Rorty, 1990, p. 3)—. Esta es una idea que estructura y constituye la ‘esencia’ de la filosofía desde los griegos hasta los filósofos posmodernos o postanalíticos —Filósofos que

pretenden deshacerse de la búsqueda metafísica de una verdad, de una realidad eterna y ahistórica como Rorty, Heidegger, Derrida y probablemente el último Wittgenstein—. En este sentido, parece que es falso que Wittgenstein inaugure una tendencia sincrónica en la investigación filosófica o en la filosofía del lenguaje.

El filósofo austriaco es el pensador más representativo y, en este sentido da "origen" al *giro lingüístico* (*linguistic turn*) o filosofía del lenguaje como movimiento y paradigma filosófico del siglo XX; ya que es a partir de dos épocas distintas de su pensamiento cuando se desarrollan las dos formas de hacer filosofía del lenguaje en su siglo: la filosofía del "*lenguaje ideal*" (Rorty, 1990, p. 54), que también se da a conocer como tendencia lógica o formalista; y la filosofía del '*lenguaje ordinario*' o tendencia naturalista (Cfr., Rodríguez, 2002).

La investigación de la filosofía en general y la filosofía del lenguaje en particular se ha centrado en la estructura permanente y verdadera de sus objetos de estudio; y por lo tanto, como aquella que puede prescindir de cualquier contexto e historicidad. De hecho la razón de ser de la filosofía ha sido precisamente la de encontrar (desvelar, conocer) los elementos últimos, trascendentales e inmutables de la realidad (Para una argumentación positiva, clara y sugestiva de este punto véase Dewey, especialmente su capítulo II de "Cómo la filosofía va en busca de lo inmutable").

La historia de la filosofía del lenguaje inicia con pensadores como Parménides y Platón; y está dominada y supeditada a la investigación epistemológica y al descubrimiento de la realidad. Un estudio del lenguaje se orienta a entender cómo a través de un objeto o estructura se puede alcanzar un conocimiento verdadero de la esencia de las cosas y de los hechos, y cómo se representan estos últimos mediante las primeras. Este parece ser un lugar común en la filosofía del lenguaje de toda la historia, sólo puesto en evidencia y entredicho a partir del desarrollo de la filosofía del lenguaje pragmatista del segundo Wittgenstein y de Austin, cuando se descubre la multiplicidad de usos y funciones del lenguaje.

Ya desde la antigüedad el estudio del lenguaje estuvo ligado a la búsqueda de los primeros principios de la realidad, del *arjé* de la naturaleza. En la época presocrática no se encuentra una separación real entre el pensamiento y el lenguaje como objeto de estudio, sino que estos se ligaban en aquello denominado: *logos*. Se nota, sin embargo, que el *logos* a través del que se intentaba entender la naturaleza, comprendía unas características que hoy pueden definirse como aquellas intrínsecas tanto para el lenguaje como para el pensamiento: el *logos* comprende unas verdades inmutables, *a priori* y necesarias que no son refutables empíricamente; unas verdades acerca de su propia estructura —verdades consideradas analíticas, *a priori*, trascendentales, de razón, conceptuales o por

definición, dependiendo de la tradición desde donde se las mire—. De hecho para Parménides el *logos*, tanto el decir como el pensar llegan a identificarse con el ser como tal, mientras que el ser no puede no ser; siempre es.

A diferencia de los escritos presocráticos acerca del *logos*, en Platón (2009) se halla una investigación clara y explícita que se puede llamar *filosofía del lenguaje*, *Crátilo*, escrito en forma de diálogo, trata del lenguaje. En este diálogo se ve ya la problemática que va a ser central en la filosofía del lenguaje angloamericana del siglo XX, a saber: una expresión lingüística que tiene o llega a tener significado. Platón aborda el problema mediante dos posibles respuestas: (a) el *naturalismo*, que inicialmente afirma una relación necesaria entre la fonética y la semántica de una palabra. La palabra significa lo que significa porque su emisión sonora representa fielmente el objeto al cual se refiere la palabra; y (b) el *convencionalismo*, que asume una relación arbitraria y convencional entre sonido y significado de la palabra. Naturalmente, Platón encuentra factible al naturalismo, y así está expuesto, pero también al convencionalismo por impedir un acceso a la esencia de las cosas. Decide entonces reformular el naturalismo, en otras palabras, “puede que las palabras designen convencionalmente a las cosas pero la sintaxis en la que estas palabras se manifiestan, las relaciones entre ellas y los atributos que les corresponden deben identificarse con la estructura ontológica de la realidad. Por lo tanto la estructura interna del lenguaje es en cierto sentido natural” (Fonseca, 2007, p. 19).

Como se deduce, en esta idea platónica que da continuidad a la máxima de Parménides acerca de la identidad entre ser, pensar y decir, se encuentra ya una de las imágenes más representativas de la filosofía del lenguaje del siglo XX, a saber, la idea wittgensteniana del *lenguaje como figura* de la realidad, donde lenguaje y mundo (hechos) comparten una estructura que hace posible que el primero represente, describa y refiera al segundo. Además, del estudio semántico de las palabras, en el *Sofista*, Platón realiza un análisis que se podría llamar lógico-gramatical que se orienta hacia una teoría de la argumentación con miras a la obtención de la verdad, una distinción fundamental entre dos tipos o clases de palabras: nombres y verbos, o *noma* y *rhêma* como se consigna en Auroux (Cfr., Auroux, 1996, p. 14).

Mientras tanto en su tratado *Sobre la interpretación* Aristóteles muestra la teoría del significado que, en esencia, va a ser replicada muchos siglos después por el moderno John Locke:

Las palabras habladas son símbolos, o signos o afecciones o impresiones del alma; las palabras escritas son los signos de las palabras habladas. Como no lo es la escritura, tampoco el habla es la misma para todas las razas humanas. Pero las afecciones mentales, de las cuales estas palabras son ante todo signos, son iguales para toda la humanidad como lo son también

los objetos de los cuales aquellas afecciones son representaciones o semejanzas, imágenes, copias (...) (Locke, citado por Bernal, 1983, p. 115).

Aristóteles también distingue entre *onoma* y *rhêma* dentro del discurso. Y, aunque este pensador griego es ampliamente reconocido como el fundador de la lógica; sin embargo, en referencia a intereses lingüísticos, en los trabajos lógicos y acerca de la *argumentación*, el estagirita no realiza una separación entre distintos tipos de estudio que hoy se distinguen: I) por un lado el estudio de los juicios (*apophanseis*), que hoy correspondería a la teoría de la argumentación epistemológica, o incluso a la de la mente (si al hablar de juicios o pensamientos en general se trata); II) por otro lado el de las *proposiciones*, actualmente estudiado en la lógica propiamente; III) el estudio de las categorías o tipos lógicos, que haría parte de un estudio lógico-semántico del lenguaje utilizado, y IV) el de las categorías ontológicas o formas como se da el *ser*, llevado a cabo por la actual metafísica. Dada esta forma de abordar los problemas, en Aristóteles denótese la continuidad de la intuición griega acerca de la identidad (o relación intrínseca) entre la estructura de las cosas y hechos; y la del pensamiento y el lenguaje.

Una figura fundamental de la Edad Media es Agustín de Hipona (354-430), quien en su obra *De doctrina christiana*, define el *signo* como “la cosa que, además de las especies que da a conocer a los sentidos, hace pensar en otra cosa distinta a ella misma” (San Agustín, citado por Fonseca, 2007, p. 25). Así las cosas, el rasgo representacional del signo, o, como se le llama hoy, intencional, es fundamental para la caracterización de los componentes lingüísticos. Además, es famoso, entre los estudiosos de Wittgenstein, el pasaje en las *Investigaciones Filosóficas* donde se cita a Agustín planteando que: “una determinada figura de la esencia del lenguaje humano. Concretamente ésta: las palabras del lenguaje nombran objetos, las oraciones son combinaciones de esas denominaciones” (Wittgenstein, 2008, § 1). En este texto tardío Wittgenstein parte de la figura agustiniana del lenguaje que él mismo ha favorecido en su *Tractatus* y a partir de ella plantea una crítica y una nueva perspectiva acerca del lenguaje que ya será examinado.

En cuanto a otros filósofos de la Edad Media, se desarrollaron posiciones acerca del lenguaje desde Platón y Agustín, pero dado que los antecedentes de este tipo de investigación no son de interés histórico, igualmente no es pertinente que conviva aquí un examen más detallado. Algunos de estos filósofos son: San Anselmo de Canterbury, Santo Tomás de Aquino, Duns Escoto y Guillermo de Ockham.

René Descartes es en quien se origina propiamente el pensamiento moderno y realiza el vuelco subjetivista donde “el sujeto configura el mundo en tanto es quien posee las ideas claras y distintas. Estas ideas claras y distintas se identifican con la claridad de los términos matemáticos” (Descartes citado por Fonseca, 2007, p. 39). Sin embargo, no es sino hasta Thomas Hobbes que hay un estudio

moderno, explícito y positivo del lenguaje; dicho filósofo inglés, continúa con la tradición al considerar que la verdad de una *proposición* sólo se obtiene si su sintaxis se adecúa y corresponde a la, por así decirlo, sintaxis de las cosas (Cfr., García, citado por Fonseca, 2007, p. 42). Además, Hobbes encuentra dos funciones fundamentales del lenguaje:

El uso general del lenguaje consiste en transponer nuestros discursos mentales en verbales; o la serie de nuestros pensamientos en una serie de palabras, y esto con dos finalidades: una de ellas es el registro de nuestros pensamientos, que siendo aptos para sustraerse de nuestra memoria cuando emprendemos una nueva labor, pueden ser recordados de nuevo por las palabras con que se distinguen. Así, el primer uso de los nombres es servir como marcas o notas de recuerdo. Otro uso se advierte cuando varias personas utilizan las mismas para significar (por su conexión y orden), una a una, lo que conciben o piensan de cada materia; y también lo que desean, temen o promueve en ellos otra pasión (Hobbes, 2001, p. 23).

Esta línea de pensamiento se encuentra en un camino semántico que va desde el objeto, pasa por el pensamiento, ideas o percepciones del sujeto, llega a la palabra hablada y finalmente se cristaliza en la escritura. Esta línea es asumida por los medievales y retomada por Hobbes y por su coterráneo John Locke con cierto carácter definitorio. Para este último autor, las palabras *real* y *directamente* no significan o refieren a las cosas o hechos del mundo, sino que su significado está en la *idea* correspondiente. Como lo expresa García Carpintero citado en la siguiente nota:

La creencia de que la oración castellana “la esfera es roja” significa una situación objetiva, existente independientemente de las ideas de cualquiera, es el resultado de una inferencia. La inferencia es tan habitual que nos olvidamos que la llevamos a cabo (...) La inferencia es del siguiente tipo: a partir de las palabras, y recurriendo al conocimiento de las convenciones lingüísticas pertinentes, inferimos su significado, que es una proposición constituida por ideas, por entidades mentales; y a partir del conocimiento de la proposición significada inferimos (recurriendo a nuestro conocimiento de la significación natural de las ideas) la existencia de un estado de cosas objetivo con las propiedades necesarias para causar vivencias como la descrita por la proposición que hemos inferido en el primer paso (García citado por Fonseca, 2007, p. 104).

Cercana a la posición de J. Locke y George Berkeley se encuentra la de David Hume, cuya teoría se enmarca en un *empirismo conceptual* en el que todo contenido semántico se relaciona con la experiencia; en otras palabras, como la percepción procede de una impresión simple, se debe decir que cuando *creemos* tener una idea que no corresponde a ninguna impresión, dicho concepto sería carente de sentido. De esta forma, “[e]n términos de una teoría del significado, comprender una palabra es comprender la idea que esa palabra evoca, y a su

vez, para comprender una idea, uno debe haber estado confrontado con su referente; es decir: con la[s] impresiones que en última instancia la originó[aron]" (Meza, 2003, p. 14). Dada esta concepción semántica Hume nota que nociones o palabras como *sustancia* realmente no tienen referencia (pues no tienen una impresión que les corresponda), y así, carecen de sentido.

No está de más retomar a Emmanuel Kant en cualquier recorrido histórico de la filosofía moderna. Aunque este filósofo no desarrolló explícitamente una teoría acerca del lenguaje, decir que *fue continuador de la propuesta aristotélica de las categorías necesarias para entender el mundo*, es válido. Tales condiciones ahora se aplican evidentemente al sujeto y en un sentido exclusivamente epistemológico. Además, es necesario decir que la propuesta trascendental de Kant es un punto de partida para la filosofía del lenguaje como paradigma filosófico (dado en el siglo XX), ya que configura la perspectiva y los objetivos de una *filosofía primera* que se va a convertir a partir de la epistemología, en filosofía del lenguaje. Es mediante la búsqueda de la lógica o la gramática del lenguaje, asumida por gran parte de los filósofos del lenguaje del siglo XX, que se pretende llegar a los últimos constituyentes de la realidad, no ya sentados en una filosofía subjetivista sino en una filosofía lingüística.

3. LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE COMO MOVIMIENTO Y PARADIGMA

Entender la radicalización del *giro lingüístico* en la filosofía del siglo XX como un cambio de método en el viejo intento de *pasar de la opinión al conocimiento*, intento realizado por todos los filósofos de la historia quienes, cómo se ha sugerido, se encuentran insertos dentro de un paradigma epistemológico incuestionable (Cfr., Rorty, 1990). Así, la tendencia del siglo XX, al menos en su primer desarrollo con la filosofía del lenguaje ideal o formalista, se caracteriza por la búsqueda de unas verdades trascendentales puestas ya no por el sujeto sino por el lenguaje mismo. En palabras Auroux: La filosofía del lenguaje deviene una *filosofía primera* y hace de la lengua una entidad trascendental en el sentido en que lo entiende Kant (Cfr., Auroux, 1996). Se trata, pues, de explicar de una vez por todas cuáles son las condiciones de posibilidad del lenguaje humano y de qué forma esto caracteriza el hecho de ser hombre.

En este apartado se hace un breve recorrido por las ideas que configuraron el llamado giro lingüístico y que dieron lugar a la posterior división de las dos formas de hacer filosofía del lenguaje: la filosofía del lenguaje formalista y la filosofía del lenguaje ordinario. Igualmente, se presentan algunos argumentos para sugerir (no mostrar, pues tal tarea queda fuera de los límites de este trabajo) que el tránsito de la primera a la segunda forma de filosofía del lenguaje podría constituir, probablemente, una revolución filosófica mayor que la lograda por la inicial; revolución que se originaría —dentro de la tradición de la filosofía del lenguaje—

a partir de los trabajos del segundo Wittgenstein, de Ryle, Austin, Davidson, Derrida y Rorty, entre otros, que surgen precisamente como reacción a los vestigios metafísicos y trascendentales adoptados por el primer movimiento formalista de un ininterrumpido planteamiento desde los griegos hasta los modernos. Esta segunda revolución que J. Habermas cataloga como el *giro pragmático* podría denominarse, *filosofía pragmática del lenguaje* y se caracterizaría por una investigación que utiliza herramientas lingüísticas en su quehacer, que tiene siempre presente el carácter contextual e histórico (diacrónico) de los problemas abordados y pone énfasis, puede decirse en jerga wittgensteniana que más adelante se analizará, sobre los *juegos de lenguaje* más que sobre el lenguaje mismo.

4. FILOSOFÍA DEL LENGUAJE IDEAL

A finales del siglo XIX se encuentran un sinnúmero de problemas y revoluciones culturales, científicas y filosóficas que dieron origen a lo denominado *filosofía del lenguaje ideal*. Por un lado, se encuentra la necesidad de un cambio metafísico a partir del establecimiento de la física relativista y cuántica, y una revaluación del subjetivismo moderno ya estéril en el momento. Por otro lado, mientras que, el primer factor trajo consigo la puesta en duda del determinismo, el segundo llevó hacia un neorrealismo asumido por filósofos como Frege, Russell y Alfred N. Whitehead quienes introdujeron la recién desarrollada *lógica matemática* dentro de los problemas y métodos filosóficos. Como se comenta desde Fonseca (2007), donde se afirma que la metafísica de carácter realista fue el punto de partida de una filosofía del lenguaje en el sentido moderno del término, así como referente que fueron las meras representaciones a los objetos y la definición de sus dominios y límites, es decir, una reflexión filosófica fundamento de lo que luego se llamaría *giro lingüístico*.

Gracias al impulso neorrealista hacia el estudio del pensamiento, a partir de escritos como los de Frege, Russell y Wittgenstein se asumen las *investigaciones filosóficas* con un especial interés en el lenguaje. Aunque el ensayo *Sentido y referencia* del filósofo alemán Frege ha sido considerado pieza pionera en el desarrollo de la filosofía del lenguaje y, en especial, en la búsqueda de significado; sin embargo, normalmente no se ha tenido en cuenta la influencia que E. Husserl tuvo sobre el pensamiento de Frege, en especial en la forma como moldeó sus intereses realistas y trascendentales en su búsqueda de la verdad.

Decir de forma general que la filosofía del lenguaje, como movimiento y paradigma, se propone analizar y resolver los problemas tradicionales de la filosofía a través del análisis lingüístico y de la forma lógica de las proposiciones y discursos en los que se han expresado las doctrinas tradicionales, es válido. De esta forma, como comenta Rorty,

(...) La filosofía del lenguaje ha conseguido poner a la defensiva a toda la tradición filosófica, desde Parménides a Bradley y Whitehead, pasando por Descartes y Hume. Lo ha hecho mediante un examen meticuloso de las formas en las que los filósofos tradicionales han utilizado el lenguaje al formular sus problemas. Este logro es suficiente para situar este periodo junto a las grandes épocas de la historia de la filosofía (Rorty, citado por Habermas, 2002, p. 225).

Siguiendo esta idea, el único trabajo de Wittgenstein publicado en vida, el *Tractatus*, se constituye en un punto de inflexión para el desarrollo posterior de la filosofía del lenguaje, tanto para neopositivistas —Carnap y Hempel—, neokantianos —Strawson—, como para las subsecuentes críticas de la filosofía del lenguaje ordinario. Wittgenstein en este trabajo dice: “El libro trata de problemas de filosofía y muestra, al menos así lo creo, que la formulación de estos problemas descansa en la falta de comprensión de la lógica de nuestro lenguaje” (Wittgenstein, 1987, p. 11).

Antes de seguir, cabe distinguir entre filosofía analítica y filosofía del lenguaje, ya que en el siglo XX muchos de los pensadores que han trabajado en filosofía del lenguaje han utilizado los métodos analíticos para direccionar y desarrollar sus investigaciones. No obstante, conceptualmente hablando existe una diferencia clara. Así, se asume la distinción sugerida por Korta en su trabajo acerca de la definición de la filosofía del lenguaje: “La diferencia más importante entre la Filosofía del Lenguaje y la Filosofía Analítica salta a la vista: mientras la primera es una filosofía *regional*, es decir, un ámbito filosófico con un objeto específico —el lenguaje— la Filosofía Analítica es un modo de hacer Filosofía sin, en principio, límite alguno en su objeto” (Korta, 2002, p. 341). Esta clara distinción se encuentra también en la investigación de Carolina Rodríguez en 2002, acerca de la filosofía analítica.

Así se puede ver, que en un primer momento de la filosofía del lenguaje del siglo XX (en forma de paradigma), ésta se identifica con la filosofía del lenguaje ideal o formalista que intenta tanto analizar los problemas perennes de la filosofía y de su estancamiento en los sinsentidos revelados lingüísticamente, como la constitución de un nuevo tribunal de la razón que ahora ha devenido en razón lingüística; y, así, construir certeramente el conocimiento filosófico de una forma cientificista. Tal es precisamente la intención de filósofos como Carnap quienes intentan, a partir de las ideas seminales del *Tractatus*, derivar y fundamentar todo el conocimiento (una epistemología) a través de una reconstrucción lógica y empírica.

Volviendo a Frege, se acierta al decir que su estudio semántico se enfrenta a la idea tradicional según la cual *el significado de una palabra es una idea subjetiva de alguien*. En el prestigioso artículo ya mencionado de este autor avanza la tesis de que las palabras no sólo tienen un sentido o significado sino también una

referencia. Así, las dos expresiones: ‘el lucero de la mañana’ y ‘el lucero de la tarde’, del famoso ejemplo del propio Frege, tienen un mismo objeto al que se refieren, que es real, objetivo e independiente del sujeto pero, a la vez, tienen distinto sentido. Este sentido no es una representación subjetiva del objeto, a la manera de la idea lockeana, sino una entidad lógica real e independiente: un pensamiento o *Gedanke*.

Heredando este realismo fregeano, B. Russell desarrolla su *atomismo lógico* en el que existen objetos simples relacionados de formas particulares y constituye así los estados del mundo. En cuanto a la relación entre lenguaje y mundo, Russell estructura lo que más adelante Wittgenstein en el *Tractatus* asimilará como *la teoría pictórica del lenguaje*: la función del lenguaje es la de reflejar la realidad. Dados unos objetos simples y unas relaciones entre estos, el lenguaje debe constar de unos nombres simples que se relacionan de forma correcta para figurar los hechos. Así, la lógica del mundo se refleja en la lógica del lenguaje. Como consecuencia directa de esta manera de entender la relación lenguaje-mundo se llega a la idea de que *el lenguaje sólo sirve para describir la realidad, los hechos*, y que, por tanto, todo discurso que esté por fuera de esta caracterización será un discurso sin sentido: el de la ética, el de la estética e incluso el de la lógica. Con base en esta idea y junto a muchos otros filósofos, Russell considera necesaria la introducción de los *lenguajes formales* sin las ambigüedades naturales de los *lenguajes ordinarios*. “Su afirmación es que la solución de los problemas filosóficos puede hacerse con mayor eficacia, si son formulados en un lenguaje lógico riguroso” (Rodríguez, 2002, p. 39).

5. FILOSOFÍA DEL LENGUAJE ORDINARIO

En contraposición a la búsqueda de un lenguaje ideal y formalizado, con reglas fijas de formación de expresiones y significados para enfrentar los problemas filosóficos, el filósofo del *lenguaje ordinario* o cotidiano afirma que la única dilucidación filosófica posible se puede dar si se analiza el discurso de las personas normales en sus contextos normales. Así, se mantiene la idea esencial de la filosofía del lenguaje como paradigma filosófico, que afirma que la filosofía del lenguaje es la filosofía primera, aunque se intenten criticar muchas de las presuposiciones erróneas e inútiles de la anterior fase. A partir de esta idea, aparecen precisamente los *juegos de lenguaje* de Wittgenstein. Antes de decir algo acerca de estos, entran en mención George Edward Moore, el “segundo” Wittgenstein, Austin; en cierto sentido Searle y Strawson, Grice y Ryle, entre otros, quienes son los filósofos del *lenguaje ordinario*.

Ahora bien, en el inicio de sus *Investigaciones Filosóficas* y a partir de las palabras de Agustín, Wittgenstein realiza un acercamiento a aquello que considera “una determinada figura de la esencia del lenguaje humano” (Wittgenstein, 2008, p.1), caracterizada en la afirmación de que: “las palabras del lenguaje nombran

objetos”, y que estos últimos se tienen como significaciones de las primeras. Agustín explica el lenguaje mediante la búsqueda de una esencia que comparta todas sus expresiones; y lo pretende lograr a partir de una sola clase de palabras: sustantivos tales como “casa” y “hombre”. Así reduce la totalidad de los usos de las palabras a un solo género. Frente a esta imagen Wittgenstein afirma: “¡Pero con asimilar así mutuamente las descripciones del uso de las palabras no se vuelve este uso más semejante! Pues, como vemos, es totalmente desigual” (Wittgenstein, 2008, p. 10). Según Wittgenstein, el filósofo medieval, quien en este momento encarna una posición que se podría decir es universal en la teoría semántica (una posición que, como se ha visto, va desde Platón hasta Frege, Russell y el “primer” Wittgenstein), se equivoca al considerar que sólo existe un uso lingüístico: “(...) una cosa que se llama: <hablar de cosas>. Mientras que en realidad hacemos las cosas más heterogéneas con nuestras oraciones. Pensemos sólo en las exclamaciones. Con sus funciones totalmente diversas. ¡Agua! ¡Fuera! ¡Ay! ¡Auxilio! ¡Bien! ¡No! ¿Estás aún inclinado a llamar a estas palabras <denominaciones de objetos>?” (2008, p. 27).

En contraposición a la pretensión de Agustín, Wittgenstein desea que se cambie la imagen tradicional de la esencia del lenguaje por la consideración de una multiplicidad de *juegos de lenguaje* a manera de manifestaciones terrenales que se dan en contextos específicos y cambiantes, como *actividades* sin un centro específico y entrelazado con acciones cotidianas o formas de actuar. Wittgenstein desea revertir la imagen tradicional: “En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos —sino que están *emparentados* entre sí de muchas maneras diferentes—. Y a causa de este parentesco, o de estos parentescos, los llamamos a todos <lenguaje>” (65).

Así Wittgenstein llega a su consideración de los juegos de lenguaje: “el todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido” (25), y aquí se denota que el *significado* tanto de oraciones como de palabras está determinado por el uso que se hace de ellas dentro un contexto específico, particular y práctico.

Wittgenstein es una figura completamente determinante en el origen, articulación y desarrollo del paradigma de la *filosofía del lenguaje*. Tanto en su primer escrito, el *Tractatus*, como en sus trabajos publicados póstumamente, este autor desencadena dos paradigmas distintos que en esencia se contraponen: el primero al asumir la metafísica y epistemología tradicional y la constitución del papel del lenguaje como central en la investigación filosófica; y el segundo al iniciar aquello que se ha llamado la filosofía del lenguaje ordinario que pone énfasis en la particularidad y diferencia de cada fenómeno o juego lingüístico, y que sienta las bases de lo que se ha llamado filosofía pragmática del lenguaje.

A partir de la interpretación y criterios desarrollados hasta aquí se recomienda revisar y analizar los textos colombianos para finalizar con una reflexión que pretende decantar las conclusiones extraídas acerca de la posición como filósofos del lenguaje en la época actual en Colombia.

Ahora bien, no está de menos terminar esta síntesis con algunas notas acerca de la filosofía de Austin. J. L. Austin desarrolla en el libro *Cómo hacer cosas con palabras* su teoría de "Actos del habla". La idea básica de este filósofo era "rebatir la convicción, ampliamente extendida entre los filósofos anglosajones, de que la función del lenguaje es describir un estado de cosas y, por tanto, que las afirmaciones del lenguaje son verdaderas o falsas (...) postulado, al que Austin llama 'la ilusión descriptiva'" (Austin, citado por Rodríguez, 2002, p. 47). Lo anterior, en completa continuidad con la crítica de Wittgenstein a la imagen agustiniana del lenguaje. Esto lleva a afirmar una necesaria conexión entre estos dos filósofos. Austin quiere romper la presuposición tradicional de la filosofía del lenguaje, según la cual, el lenguaje tiene una única función y que ésta es representativa.

Otro punto central donde convergen estos dos autores es la consideración de que el lenguaje se da en forma de acción y que sus realizaciones son *actos* que se entretajan con otras acciones para lograr un resultado específico que sólo puede ser entendido a la luz de su contexto y reglas particulares. A partir de esta idea, Austin afirma que cuando se usa el lenguaje, cuando una persona habla, realiza al menos tres tipos de acciones explicadas en la teoría de los actos del habla: un acto locucionario, un acto ilocucionario, y un tercer acto perlocucionario. El primer acto es aquel mediante el cual se emiten palabras que tienen ya un contenido y una estructura gramatical. A través del segundo tipo de acto, el ilocucionario, se realiza la acción lingüística específica que se pretendía como: afirmar, rogar, ordenar, etc.; y a través del último tipo de acto se puede llegar a ciertas consecuencias indirectas del acto sobre la audiencia, como por ejemplo hacer que el escucha haga (x) o (y) cosas, piense o sienta (x) o (y) cosas.

Los textos acerca de la filosofía temprana del lenguaje de Wittgenstein, que son trabajos en torno a la filosofía del lenguaje del *Tractatus* y que estudian principalmente los conceptos de forma lógica, figura, objeto, estado de cosas y sentido, son también parte de aquellas obras que recogen y comparan las dos posiciones fundamentales de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein: la primera, la teoría figurativa del lenguaje; y la tardía, la teoría de los *juegos de lenguaje*. Igualmente, los libros acerca de la filosofía tardía —"segundo" Wittgenstein— del lenguaje del pensador austriaco, exponen problemáticas alrededor de los conceptos de significado, uso, juegos de lenguaje, prácticas, reglas, forma de vida e imagen de mundo.

Finalmente, Wittgenstein no es sólo un pensador contemporáneo más de los anales de la historia; tampoco debe ser objeto de evasión, pues la importancia radica, entre otras, en el trabajo que hizo en sus dos etapas de desarrollo de pensamiento y propuesta filosófica en el campo de lo que se conoce como analítica. Wittgenstein es para ser comprendido, de hecho en conclusión eso era lo que el quería, comprender el mundo que le rodeaba. Por lo anterior, su vida y

obra van más allá de lo abstracto pues su búsqueda es la de un puente entre esta dimensión y la factibilidad expresada en el mundo real que nos rodea. Es en este sentido en el que se hace necesario, desde aportes nacionales, seguir el estudio del legado de este gran pensador y sobre todo su aplicabilidad a la vida práctica.

Finalmente, es de confirmar que el autor austrohúngaro Wittgenstein es referente obligado, en el buen sentido de la indicación, si el tema teórico-práctico gira en torno a la comunicación y el lenguaje. El campo de la filosofía del lenguaje con este maestro, dotado de talento, quien no escatimó en enseñar a niños y abandonar su fortuna, encuentra un punto de sentido en la medida en que abre las posibilidades al entendimiento desde lo científico y lo común u ordinario. Para Wittgenstein lo importante es ser comprendido, y bien comprendido, al tiempo que, ese dote humano no se pierda en la incertidumbre y la soledad tras la talanqueras del exceso teórico del sentido que no tiene sentido. Finalmente, la invitación es seguir desarrollando, esa "caja de herramientas" que canalice el acceso a nuevas discusiones que problematicen sobre los hallazgos hechos día a día en el que-hacer filosófico desde la filosofía analítica sin deligarse del mundo de facto y sus retos ♠

REFERENCIAS

- Auroux, S. (1996). *La Filosofía del lenguaje*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Bernal, J. (1983). "Algunas ideas de Aristóteles sobre el lenguaje". En: revista *Thesaurus*, número 3.
- Fonseca, M. (2007). *Discurso sobre los límites del lenguaje*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Habermas, J. (2002). *Verdad y justificación*. Madrid: Trotta.
- Hobbes, T. (2001). *Leviathan, o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica y Civil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Korta, K. (2002). "Hacer Filosofía del Lenguaje", En: *Revista de Filosofía*, volumen 27, (2), pp.337-359.
- Meza, M. (2003). *El concepto de identidad personal en David Hume*. Bogotá: Uniandes.
- Rodríguez, C. (2002). *La filosofía analítica en Colombia*. Bogotá: El Búho.

Rorty, R. (1990). "El giro lingüístico: dificultades metafilosóficas de la filosofía lingüística". En: *El giro Lingüístico*. Barcelona. Paidós.

Wittgenstein, L. (1982). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid: Alianza.

Wittgenstein, L. (1994). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Barcelona: Altaya.

Wittgenstein, L. (2008). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.